

## AGENDA CIUDADANA

### LA UTILIDAD PRACTICA DE LA CIENCIA SOCIAL

Lorenzo Meyer

**Justificar la Existencia.**- No sin gracia, hace años un entonces joven historiador me relató un momento de embarazo y humillación profesional, cuando alguien, en tono de reto, le cuestionó así: “y lo que tú haces ¿para que sirve?”. Lo humillante fue que no resultara evidente la justificación de su existencia como historiador, que se dudara de la utilidad de quienes que no se dedican a producir bienes tangibles o de servicios de utilidad inmediata.

Una comunidad que no sabe de donde viene, que no puede convertir en conocimiento útil los logros y errores colectivos del pasado, no puede entender plenamente su entorno, ni manejar el esfuerzo colectivo de la manera adecuada para superar los obstáculos presentes ni tampoco definir bien sus objetivos y trazar la una ruta de cara al futuro. El individuo que realmente olvidara su pasado, perdería su identidad y la ventaja del conocimiento acumulado para tomar las decisiones adecuadas frente a su entorno. Esa pérdida sería realmente costosa e incluso fatal.

Es verdad que en cualquier país hay ciudadanos que ni saben ni les importa conocer de donde vienen y que apenas tienen idea de la naturaleza política, económica o sociales de la comunidad en que viven y eso no les quita el sueño. Sin embargo, en el seno de casi cualquier estructura nacional, hay instituciones con profesionales que se dedican a esos menesteres. Y si esas instituciones especializadas no existen o si su calidad es deficiente, entonces todos pagan las consecuencias, incluso los que no se percatan de ello.

Hace algunas semanas se convocó por parte de algunas autoridades a un grupo de científicos a que encontraran, a nivel colectivo, los argumentos que el historiador al que

hice referencia al inicio de la columna, no encontré. Se trataba de justificar su existencia ante un gobierno dominado por gente que provienen del mundo de la empresa privada —de los que hacen “cosas útiles”— para legitimar su demanda de recursos para las instituciones de investigación científica. Algo había de humillante e incómodo en esa demanda, pero resulta que vivimos tiempos donde el mercado es supremo y donde ya no se da por sentada la utilidad de la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo. Y si en el neoliberalismo las ciencias “duras” —matemáticas, física, química, etc.— tienen que justificar su existencia con resultados que el mercado pueda medir, pues con mayor razón las “blandas”, es decir, las sociales cuyos “productos” tienden a ser refractarios a la cuantificación y al precio. Para la economía o la demografía el desafío es relativamente menos difícil, después de todo es sabido que un estudio de mercado puede ahorrar dinero al que lo comisiona y que un estudio de características de la población puede ser muy redituable para las aseguradoras, por ejemplo. En contraste ¿cómo medir en pesos la rentabilidad del gasto que se hace en el terreno de, por ejemplo, la historia, la ciencia política o la sociología? Desde luego, ya no se diga las dificultades que enfrentan quienes tiene que justificar el apoyo público a las humanidades o a las artes.

Un Problema Peculiar e Inevitable.— En la medida en que una actividad es científica, su compromiso básico es con la búsqueda de “la verdad” o “la objetividad” que permite el estado de la disciplina. Pero resulta que eso tiene sus complicaciones en la relación de los científicos con los políticos o los administradores. En efecto, y como bien lo analizara hace tiempo Max Weber, el científico puede llegar a conclusiones o verdades que choquen con los intereses del político. Y es que los intereses de ambos no sólo son distintos por naturaleza, sino que pueden resultar antagónicos. En efecto, al político le interesa ser eficiente en su búsqueda por alcanzar y retener el poder. Y con frecuencia, para lograr ese objetivo,

requiere distorsionar la verdad o, de plano, construir imágenes falsas y hacerlas pasar por reales para mejor manipular a la opinión pública. En contraste, la tarea del científico, especialmente el social, si es fiel a su disciplina, es, entre otras cosas, mostrar de manera sistemática las contradicciones y falsedades del discurso y del quehacer del político. Además, debe alertar sobre las posibilidades de mejorar la realidad existente y dejar en claro que intereses, porqué motivo y en que forma se oponen al cambio. Para más de un responsable político, la actividad del científico es subversiva y no le falta razón.

El estudio sistemático y objetivo hasta donde es posible de la realidad del poder —ese es el campo de la historia política, la ciencia política, la sociología política, la economía política, etcétera— es, en conjunto, positivo para el interés general, pero siempre afectara negativamente a algunos intereses concretos, a los que se benefician del *status quo* y su distribución del poder. Es por ello que pedirle al político recursos para que el estudioso del fenómeno político lleve a cabo sus actividades, puede tener algo de contradictorio.

El Estudio de lo Político en México.- La ciencia política apareció como tal hace la friolera de dos milenios y medio de años, en Grecia, pero como tantas otras cosas, decayó mucho y por mucho tiempo como consecuencia de la desaparición del mundo grecorromano. La disciplina volvió por sus fueros en el Renacimiento —Maquiavelo es su exponente mejor conocido— pero tuvo que esperar hasta el siglo XIX para poder institucionalizarse en la Escuela Libre de Ciencia Política, en París, en 1871. En México, esa formalización tendría que aguardar a la creación en 1950 de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Sus modelos directos serían europeos: la London School of Economics and Political Science y la Universidad de Lovaina. De entonces acá ha corrido mucho agua bajo el puente, y son ya docenas de instituciones donde se puede cursar la

licenciatura en alguna de las áreas de la disciplina y la influencia de las escuelas norteamericanas compite bastante con las europeas.

La “Utilidad”.- El que se haya institucionalizado desde hace más de medio siglo en México el estudio científico de la política –la búsqueda de la explicación de cómo se lleva a cabo la distribución de valores escasos mediante decisiones tomadas y puestas en práctica por las estructuras de la autoridad—, no significa que no se tenga que justificar de tarde en tarde la razón de su existencia, mostrar para que ha servido.

Los análisis políticos modernos en México se remontan, obviamente, al siglo XVI y su naturaleza dependió de los instrumentos científicos de la época. Las “Cartas de relación” de Hernán Cortés pueden ser vistas como análisis de las estructuras de poder prehispánicas y de la política de la conquista y su autor como un producto –inacabado-- de la Universidad de Salamanca, una de las mejores de su tiempo. Ahora bien, las implicaciones o utilidad práctica del grueso de los escritos políticos e históricos en los tres siglos siguientes - elaborados en buena medida dentro de los marcos establecidos por la Iglesia Católica- pueden resumirse como legitimadores de la estructura de la dominación de la sociedad indígena y mestiza por la minoría española y criolla. Claro que la Brevísima relación de la destrucción de la Indias, (1552) de fray Bartolomé de las Casas es todo lo contrario.

Las aportaciones del análisis político a la creación de la nación mexicana se inician al final de la Nueva España, en el siglo XVIII, cuando algunos estudiosos sistemáticos de la historia y la política mexicanas empezaron a dar forma a un conjunto de ideas que luego darían sustento ideológico a las acciones de quienes al inicio del siglo XIX pondrían en marcha el proyecto de crear la nación mexicana. El trabajo del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero –Historia antigua de México (1780-1781)-- puede ponerse como el punto de partida de la elaboración de una historia política que sirve para crear entre la élite criolla

una conciencia de su propia identidad, cimiento necesario para la movilización popular que en el transcurso del tiempo y la lucha, se convertiría en conciencia de la nación.

Ya en la tumultuosa época independiente, fray Servando Teresa de Mier usa la Historia de la revolución de Nueva España como instrumento para deslegitimar al régimen colonial español, para crear una nueva legitimidad para el México independiente y forjar lo inexistente: la idea de la nación mexicana, idea sin la cual el nuevo Estado simplemente no hubiera podido ser.

El desastre político posterior a la independencia llevó a los estudiosos combativos a la búsqueda de las razones de la catástrofe. Liberales como José María Luis Mora (México y sus revoluciones, 1836) encontraron en la Iglesia Católica a uno de los grandes culpables de la debilidad del nuevo Estado, razón por la cual había que reformar todo el entorno en el que se había desarrollado esa institución. Los conservadores, como Lucas Alamán y su Historia de Méjico, (1849-1852), concluyeron que era justamente la adopción del liberalismo y el modelo político norteamericano, ajeno a nuestra tradición, la causa del desorden interno que, a su vez, había propiciado que la ambición extranjera se cebara en México. Concluida la larga etapa de desorden e invasiones, vinieron los grandes trabajos de historia política que buscaron dar sentido y legitimidad al nuevo proyecto nacional, como fueron las obras de Vicente Riva Palacio –México a través de los siglos (1884-1889)-- o Justo Sierra, --Evolución política del pueblo mexicano, (1900-1902).

En el inicio siglo XX, los análisis políticos y jurídicos que han dejado huella son, sobre todo, los de Andrés Molina Enríquez y Emilio Rabasa: Los grandes problemas nacionales (1906) y La constitución y la dictadura. Estudio sobre la organización política en México (1912), que buscaron hacer el juicio del antiguo régimen, uno desde la oposición y en vísperas de su caída y el otro poco después y desde la perspectiva del perdedor. La

primera de las obras sirvió para deslegitimar al Porfiriato y dar apoyo teórico a la acción revolucionaria, en particular a la reforma agraria, y la segunda para entender la razón de su caída y proveer al constituyente de 1917 de instrumentos teóricos para no repetir el error de crear una constitución tan poco práctica que llevara a su desobediencia y condujera, de nuevo, a la dictadura.

La Revolución Mexicana no tuvo grandes teóricos que se equiparasen a Lenin en relación a la revolución rusa o a Mao Zedung a la china. Sin embargo, cuando se inicia la etapa posrevolucionaria, intelectuales educados también el derecho, como Jesús Silva Herzog o Daniel Cosío Villegas, hacen en los 1940 los primeros análisis críticos del nuevo régimen: “Un ensayo sobre la Revolución Mexicana” (1946) el primero y “La crisis de México” (1947) el segundo. Vale la pena notar que Silva Herzog y Cosío, dedicarían después un gran esfuerzo a elaborar historias políticas de México para explicar el país a sus contemporáneos; el primero lo haría con una historia de la revolución y el segundo con otra, enorme, de la república restaurada y el Porfiriato. En ambos casos la historia era la vía para entender al México político del siglo XX y evitar repetir los errores del pasado.

La ciencia política y la historia, como disciplinas académicas, se formalizarían y desarrollarían en el apogeo mismo del régimen autoritario posrevolucionario. Las universidades sirvieron entonces como formadoras de cuadros para el régimen, pero también propiciaron la aparición de trabajos de investigación e interpretación que cuestionaron las bases mismas del régimen autoritario y fueron punto de referencia obligado para quienes buscaron su reforma o, de plano, su sustitución por otro donde se superaran los defectos hallados. Trabajos como los de Pablo González Casanova o de Arnaldo Córdova --La democracia en México, (1965) y La formación del poder político en

**México, (1972)— son ejemplos de esa contribución de la ciencia social mexicana para poner al descubierto la verdadera naturaleza del poder en el siglo XX.**

**El ciudadano mexicano no necesita ser científico social para entender la esencia de la sociedad en que vive. Sin embargo, el conocimiento especializado sobre el origen y la naturaleza de esa sociedad, aumenta notablemente las oportunidades de disminuir los costos materiales y morales del perfeccionamiento de la vida en común. El apoyo de una sociedad a sus científicos es, a la larga, una buena inversión.**